

esa música, será prueba que Toulan vive y está cerca.

Y en las siguientes semanas tuvieron las presas el triste consuelo de oír las notas del clarín de Toulan. No volvió, sin embargo, á presentarseles delante, ni á montar guardia en el Temple.

No huyó el valiente campeón de la reina. Comprendió que en París estaría siempre mas seguro, además de que no quería alejarse, porque nunca perdió la esperanza de que se presentaría una ocasión en que poder favorecer la fuga de las presas.

Pero precisamente lo que Toulan esperaba era la pesadilla diaria de la Convención. Se temía que aun detrás de los espesos y triples muros del Temple, á pesar de las rejas y de los centinelas, la reina podía evadirse, ya valiéndose de sus propios artificios, ya ayudada fuera por sus amigos y partidarios. Temíase mas todavía, la escapatoria del muchacho de siete años de edad, sin corona ni trono, que se apegaba á las faldas de su madre como la yedra al muro de la iglesia.

Se había comunicado á la Comisión de salvación pública, que la gente hablaba acerca del rey pequeño en el Temple y que circulaban anécdotas mas ó menos enternecedoras sobre él. Hasta un fanático que la daba de profeta, sin temor ni embarazo, iba de calle en calle y de plaza en plaza, anunciando que los lirios volverían á florecer, y que los hijos de Bruto, perecerían todos á manos del reyecito cuyo trono estaba en el Temple. La policía arrestó y le cortó la cabeza á este profeta, es verdad, mas sus profecías encontraron eco en mas de un corazón sensible y compasivo, y despertó cierto interés por el príncipe.

Los Girondinos, patriotas tan nobles como entusiastas, mostraron la mayor solicitud por el mártir real joven, expresión, que aplicada al delfín en los vehementes y animados discursos de la tribuna, hizo derramar lágrimas de compasión á infinitas personas divorciadas de la monarquía.

Vistió el peligro, la Convención resolvió evitarlo á todo trance, y para ello, el 1° de julio de 1793, adoptó un decreto: por el cual, se disponía que la Comisión de salvación pública, separase de su madre al hijo de Capeto y lo entregase á un maestro, que designase el director general de la comuna de París.

Sin sospechar siquiera de semejante determinación, porque los presos del Temple vivían en estrecha incomunicación con el mundo exterior, se había recogido el delfín como de costumbre en la noche del 3 de julio y se había dormido profundamente. Careciendo su lecho de cortinas, María Antonietta había extendido sobre su cabeza un chal clavando las extremidades en las paredes, cosa que no le diese en el rostro la luz del cuarto y molestase su sueño. Eran las diez de la noche y todavía las señoras no se habían acostado. La reina y la princesa Isabel remendaban su ropa, al paso que la infanta Teresa, sentada entre las dos, leía un diccionario histórico. Acababa de dejarlo y de tomar un libro de oraciones, á instancias de su madre, cuando se oyeron pasos de varias personas en el corredor, el correr de los cerrojos y la apertura de la puerta de la antecámara. En seguida entraron hasta seis comi-

sarios, el principal de los cuales, encarándose con la reina sin mas salutación, le dijo:

—Venimos de órden de la Comisión de salvación pública á llevarnos el hijo de Capeto.

—¡Llevarse mi hijo! gritó la reina poniéndose en pié y pálida de horror. No es posible; ni creo, señores, que las autoridades piensen seriamente en separarme de mi hijo. El es todavía muy joven y necesita de mis cuidados y caricias.

—Resuelto por la Convención y dispuesto por la Comisión de salvación pública, el decreto es preciso llevarlo á debido efecto; observó otro comisario.

—No lo consentiré, replicó María Antonietta en su desesperación. En nombre de lo mas sagrado, os conjuro no cometer tamaña crueldad.

Isabel y Teresa mezclaron sus lágrimas con las de la desolada madre, todas tres se plantaron delante del lecho del delfín, se enlazaron de las manos, gimieron, hicieron los mayores extremos de dolor, levantaron al cielo las mas fervientes oraciones; pero no por eso los comisarios se movieron á compasión.

—¿A qué conduce esa jeremiada? dijeron. Nadie va á mataros vuestro hijo, dádnosle de bien á bien ó nos lo llevamos por fuerza.

Diciendo esto se encaminaron á la cama, en cuyo acto María Antonietta extendió los brazos para proteger á su hijo, tropezó con la cortina improvisada, se desprendió esta, cayó sobre la cara de aquel y le despertó. Al notar lo que pasaba, muy asustado se arrojó en los brazos de su madre gritando:

—Mamá, querida mamá, no me dejes solo.

Toda temblorosa le estrechó contra su pecho, le tranquilizó y trató de impedir que se le arrebataran los desapiadados comisarios. Todo en vano. Había dispuesto la república que el hijo fuese separado de su madre y tal debía hacerse sin miramiento ni consideración ninguna.

Visto que no había remedio, que quiera, que no, se iba á llevar á efecto aquella cruel separación, pidió la afligida madre la prometiesen al menos que el niño se quedaría en la torre del Temple, donde ella pudiese verle todos los días.

—Nada tenemos que prometer, le contestaron, ni cuenta que daros. ¡Cáspita! y cómo os alarmáis y chilláis, solo porque alejan de vos á vuestro hijo! ¿Y qué es lo que pasa con los nuestros? Cada día pierde alguno de ellos un brazo, una pierna, la vida, á manos de los enemigos que vos habeis concitado contra nosotros. Y por cierto que no hacemos tantos escorrozos como vos.

—Es todavía muy joven mi hijo, repuso la reina con dulzura, para servir á su patria. Espero, sin embargo, en que Dios permita le consagre algun día la vida.

Impelidas por los comisarios las princesas vistieron al niño que sollozaba y bostezaba á un tiempo. Entónces la reina se dejó caer en una silla, se armó de valor y llamando á sí al delfín, le puso ambas manos en los hombros y le dijo con solemnidad:

—Hijo mio, es fuerza que nos separemos. Recuerda tus deberes cuando yo no esté contigo para recordártelos. No olvides á Dios que te está probando, ni á tu madre que ruega por tí. Se bueno y ten paciencia, que por ello te bendecirá nuestro Padre que está en el cielo. Madre é hijo se miraron por largo rato, él

con los ojos anegados en lágrimas, ella pálida é inmutada, con los suyos secos; y besándole en la frente le empujó suavemente hacia el carcereiro. El muchacho, sin embargo, no quería separarse de su madre y esta, con el corazón despedazado, agregó:

—Es preciso obedecer, hijo mio. Dios lo quiere así.

En aquel instante se oyó en el corredor una risa destemplada y salvaje. Se estremeció la reina y miró en torno, y descubrió en la abierta puerta á Simon y su mujer, cuyas miradas, estaban fijas en ella con maligna complacencia. La Simon extendió ambos brazos desnudos y secos al niño, le agarró y le echó fuera.

—¿Es ella quien ha de cuidar de mi hijo? preguntó María Antonietta en el colmo de la desolación. Va el hijo de mis entrañas á estar con esta mujer?

—Sí, contestó Simon cuadrándose delante de la reina con atroz desfachatez, con esta mujer y conmigo, su marido, va á vivir el pequeño Capeto y te aseguro que recibirá una educación real. Le enseñaremos á olvidar lo pasado y á tener presente que es hijo de la república. Si no aprende por las buenas, aprenderá por las malas y seguro sabrá á que sabe mi antiguo tirapié.

Hizo un saludo á María Antonietta acompañado de sonrisa diabólica y siguió en pos de los comisarios, que ya habían salido. Se cerraron otra vez las puertas, se corrieron los cerrojos, y dentro de aquellos aposentos reinó la quietud de la muerte. Las dos mujeres, enlazadas de las manos, se arrodillaron en el suelo y oraron devotamente.

Desde ese día la infortunada reina perdió toda esperanza, se negó á todo consuelo. Ni las reflexiones de su cuñada, ni las caricias de su hija, la sacaban de su abatimiento y abstracción, siendo lo peor que se negó á toda ocupación, á trabajar, á leer y hasta á moverse.

Solo unos cuantos minutos todos los días se animaba un poco su semblante y volvía á sus miembros paralizados la facultad de la locomoción. Esos minutos eran cuando esperaba

por su hijo, que diariamente en compañía de Limón subía al piso superior y á la meseta de la torre. Entónces ponía ella la oreja á la puerta del corredor y escuchaba sus menudos pasos y las palabras que le dirigía al rudo carcereiro al pasar allí.

Pronto descubrió además medio de verle. Había una requebradura en el piso del cuarto en que se paseaba el niño, y á través de ella, no obstante su estrechez, tras grandes esfuerzos, lograba verle una mano, el pié, un extremo del vestido, un rizo de su dorada cabellera. Entónces, es mas fácil de concebir que de pintar lo que pasaba por el alma de aquella desventurada madre.

A veces tambien un comisario compasivo, al hacer la inspección de la cárcel, le comunicaba noticias de su hijo, le decía que estaba bueno, que había aprendido á jugar la pelota y que por su mansa índole se había ganado el amor de todos. Esto la reanimaba un tanto; pero no tardaba en recibir nuevas de carácter enteramente contrarias, y de un modo directo, que era lo peor. Sus lamentos, las amenazas que le hacía Simon, los epítetos injuriosos que le dirigía la mujer de este, á veces se oían distintamente en los aposentos de la reina, llenando, como es de suponerse, su espíritu de angustia desesperación.

No era lo peor con todo eso, oírle llorar, saber que á su hijo querido, le maltrataban á posta, mas terrible si cabe era oírle cantar, al son de las risotadas de Simon y de su mujer, las canciones revolucionarias y aun obscenas que le habían enseñado, con el objeto de pervertir su buena índole, á tiempo que arruinaban la salud de su cuerpo con el maltrato.

Al principio la reina, al oír estas canciones indecentes, prorumpía en lamentos, en gritos y amenazas contra los atormentadores de su hijo. Gradualmente una especie de parálisis dominó su corazón, y, cuando el 2 de agosto, la llevaron del Temple á la cárcel; los pálidos labios de la reina murmuraron: Gracias á Dios que no tendré que oírle cantar mas.

LIBRO QUINTO.

CAPITULO XXIV.

LA MUERTE DE LA REINA.

La noche de San Bartolomé que prepararon á la Francia la malvada Catalina de Médicis y su demente hijo Carlos IX, tuvo su horrible y sangrienta repetición ahora, con esta diferencia, que aquel espantoso drama terminó con las sombras de la noche; y este continuó aun muy entrado el día.

El sol alumbró el cadalso, que como un monstruo se alzaba en la plaza de la Revolución, en el hacha que cercenaba cabezas sin cuento, y en los arroyos de sangre que corrían por las calles de París. Brilló en aquel día en que María Antonietta ascendió las gradas del patíbulo, como ántes había ascendido su marido, y pasó á mejor vida á descansar de los pesares y humillaciones anteriores.

Esto fué el 16 de octubre de 1793. Por cuatro meses seguidos María Antonietta lo había espe-

rado como la solución mas feliz que podía tener el drama de su triste vida. Le saludó con una especie de regocijo, como le saludaba con gritos salvajes de gozo el pueblo enfurecido. Al cabo de cuatro meses de su tránsito del Temple á la cárcel de la Abadía, recibió la libertad, no la que dan los hombres, sino la que concede Dios á los que padecen,—la libertad de la muerte.

No necesitaba ya la viuda de Capeto de modistas ni peluquero para vestirse y hacerse el tocado. Envolvía su elevado y esbelto tallo en traje de lana negro que á ruegos suyos, le había dado la república, como para mejor recordar la muerte de su marido. Ocultaba su cuello y hombros, admiración en otro tiempo de la Francia, un pañuelo de muselina blanca, que por pura compasión le había dado su carcereiro Bault, y sus cabellos sueltos, en largas y flotantes hebras le flotaban por ambos lados del rostro transparente. Ni requerían polvo